

DOS PERSONAJES EXCLUIDOS EN LA OBRA DE MIGUEL DELIBES: EL AZARÍAS Y EL RATERO

ÍNIGO SALINAS MORAGA

Universidad Internacional de La Rioja

1. INTRODUCCIÓN

Si alguna vez Miguel Delibes (Valladolid, 1920-2010) se ha posicionado del lado de alguien ha sido del de los débiles. Esta postura vital se refleja en el conjunto de su obra, en la que la voz de los olvidados se eleva sobre quienes pretenden mantenerlos alejados de la sociedad.

“Ante el dilema que plantea la sociedad contemporánea, y frente a esa misma sociedad, yo, sin caer en dogmatismos políticos, he tomado parte por los débiles, los oprimidos, los pobres seres marginados que bracean y se debaten en un mundo materialista, estúpidamente irracional. Esto implica algo terrible, imperdonable desde un punto de vista literario, a saber, que yo, como novelista, he adoptado una actitud moral, hecho que, por otra parte, nunca he desmentido, puesto que a mi aspiración estética -hacer lo que hago lo mejor posible- ha ido siempre enlazada una preocupación ética; procurar un perfeccionamiento social (Delibes, 2010, p. 422)”.

Esta idea de perfeccionamiento social se manifiesta en su más alto grado de crudeza cuando es la muerte quien valora los antecedentes y dicta sentencia ante un hecho que menoscaba la dignidad de un personaje cuya integridad ha sido mermada, tal y como sucede en varias de sus obras. Pero si hay en la obra de Delibes dos personajes olvidados que destaquen por encima de los demás, estos son el Azarías (*Los santos inocentes*) y del Ratero (*Las ratas*), que terminan por asesinar a sus opresores y cuyos crímenes precipitan el final de la novela. El primero provoca el ahorcamiento a Iván, un señorito déspota que le menosprecia a él y a su familia y que pega un tiro a su milana. El segundo hunde un hierro en el costado de Luis, el de Torrecillóriga, un ocioso burgués que

por mera diversión caza las ratas que le sirven de alimento al Ratero y a su hijo⁸⁷.

En 1962 Delibes publicó *Las ratas* (Premio de la Crítica) para denunciar la postergación del campo castellano. En esa época la censura impedía a Delibes publicar con libertad la realidad del mundo rural en *El norte de Castilla*, diario que por entonces dirigía, por lo que se sirvió de sus libros para denunciar el despoblamiento castellano: “Cuando a mí no me dejan hablar en los periódicos, hablo en las novelas” (Alonso de los Ríos, 2010, p. 144).

La génesis de *Los santos inocentes* (1981) fue un cuento que Delibes publicó el mayo de 1963 bajo el título *La milana*. Por ese motivo, cuando decidió convertir el cuento en novela, prefirió mantenerse fiel a la época en que había escrito y ambientado el primer texto. Incluso mantiene a los protagonistas. Por primera vez en la obra de Delibes, la acción no discurre en Castilla, sino en Extremadura.

1.1. LA MUERTE COMO TEMA RECURRENTE EN LA OBRA DELIBESIANA

Aunque en esta investigación se analizan la exclusión de dos personajes que terminan por cometer un delito de sangre y cuyo grado de culpabilidad (o al menos de responsabilidad) hay que ponerlo, cuando menos, en duda por la evidente merma de las capacidades mentales de los asesinos (Buckley, 2012), lo cierto es que los crímenes son habituales en la obra novelística de Delibes. Tanto es así que si bien la muerte (junto con la infancia, el prójimo y la naturaleza) es un tema recurrente en sus obras (García Domínguez, 2010), los asesinatos ocupan un destacable segundo lugar como causa mortuoria no natural, tan solo por detrás de los fallecimientos derivados directamente de un conflicto bélico (Salinas Moraga, 2016). En concreto, de los 364 personajes que pierden la

⁸⁷ Tanto *Los santos inocentes* como *Las ratas* han sido llevadas al cine con el mismo título que las novelas. La primera se estrenó en 1984 bajo la dirección de Mario Camus. Alfredo Landa y Francisco Rabal obtuvieron el premio a la mejor interpretación masculina en el Festival Internacional de Cine de Cannes, llevándose este último también el premio a mejor actor de cine en Fotogramas de Plata. La segunda, *Las ratas*, por su parte, la dirigió Antonio Giménez-Rico y se proyectó por primera vez en 1997.

vida a lo largo de las 26 novelas del escritor vallisoletano, 37 lo hacen asesinados, lo que representa el 18% de los decesos violentos.

Quizás resulte inevitable hacerse amigo de la muerte cuando los años de niñez y pubertad han sido un inventario de los bombardeos y las masacres propias de la guerra civil que tocó en suerte vivir a nuestro autor. Si la guerra fue cruenta, la posguerra no se queda atrás en lo que a desgracias hace referencia.

“No extraña que persona de sensibilidad tan aguda como Delibes, inquietado desde niño por la densa presencia de la muerte entre la gente de España con su aparato de mortajas, esquelas, entierros y lutos, se muestre tan vulnerable al miedo radical, el de la muerte. El hecho se explica mejor teniendo en cuenta otros datos; la guerra civil, el servicio temprano en la Marina, la estrechez local que tanto recalca la visibilidad de la muerte, la acribillada España de los años 40 decisivos para el destino del escritor, la opresión letárgica de los años 50, y el giro desde entonces hacia la guerra fría y la amenaza nuclear (Sobejano, 2003, p. 181)”.

Por lo dicho, no es resulta extraño que Delibes no sea el único escritor de su generación en cuya obra literaria la muerte ocupe un lugar central. En concreto, hay que traer a colación nombres de la talla de Rafael Sánchez Ferlosio, Camilo José Cela o Jesús Fernández Santos, en cuyas obras, la muerte es una constante. Sin embargo, es Delibes el autor más representativo de la muerte como tema central, ya no solo porque dicha conclusión se extrae de la lectura de sus novelas, sino porque él mismo lo admitió en varias ocasiones. Por lo dicho, se antoja imprescindible considerar de nuevo un tema que Delibes hace suyo.

Porque la muerte no es solo un tema recurrente en la obra novelística de Miguel Delibes, sino que es parte esencial y su papel es determinante en la mayoría de sus textos. Tanto es así que en quince de las veintiséis obras muere al menos un personaje protagonista de la trama. Por eso, se antoja complicado comprender la novela delibesiana sin la muerte como elemento aglutinador de su obra. ¿Cómo imaginar *La sombra del ciprés es alargada* sin la hemoptisis que acaba con la vida del joven Alfredo? ¿Qué sentido tendría *Los santos inocentes* sin el crimen del Azarías? ¿Cómo pensar en *El camino* sin la caída de Germán, el Tiñoso? ¿Cómo *Mi idolatrado hijo Sisí* sin el suicidio de Cecilio Rubes?

¿Cómo *La hoja roja* sin la muerte acechando a la vuelta de la esquina? ¿Cómo *Las ratas* sin el asesinato de Luis a manos del Ratero? ¿Cómo *Las guerras de nuestros antepasados* o *Madera de héroe* sin los enfrentamientos fratricidas entre vecinos? Y, en fin, ¿cómo *La mortaja* sin el amortajamiento de Trino, *Cinco horas con Mario* sin Mario, *Señora de rojo sobre fondo gris* sin Ana o *El hereje* sin los condenados a la hoguera?

Y es que la idea obsesiva de Delibes hacia la muerte (Soler Serrano, 1981) va más allá de una temática recurrente: La muerte es necesaria en las novelas de Delibes porque nuestro autor crea un personaje para matarlo, y en los casos en los que esto no sucede, la muerte ocupa un papel tan determinante en la obra que no podría omitirse sin menoscabo de la trama. La literatura le sirve de escape a la obsesión.

Aunque muchas de esas muertes no son más que hechos que no cobran especial relevancia en la trama de la novela, en otras ocasiones se tornan elemento principal del texto, ya sea como acicate desencadenante de la historia, ya como colofón a la misma. Así, en el primer caso destaca *Cinco horas con Mario*, donde Menchu, la viuda, pasa la noche junto a Mario, su marido fallecido. La esquela del finado es el comienzo de la obra. Si bien en *Señora de rojo sobre fondo gris* la muerte de Ana, mujer de Nicolás, no se describe hasta el final, ya desde las primeras líneas se da a conocer el fatal desenlace.

En el otro extremo se sitúan aquellas obras cuyo desenlace se precipita tras una muerte. Esto ocurre en cierta medida en *El camino*, donde una caída provoca el fallecimiento de Germán, el Tiñoso, al golpear con una piedra. *La sombra del ciprés es alargada* se da por concluida con la cinematográfica descripción de la muerte de Jane, que pierde el control de su coche cuando estaba saludando a su marido.

Sin embargo, quizás las muertes más relevantes en este último sentido sean las que se incluyen en *Las ratas* y en *Los santos inocentes*, ambas protagonizadas por dos personajes principales que asesinan a sus superiores. En ambos casos las obras terminan con dichos crímenes, e incluso se podría asegurar que sin dichos asesinatos la trama quedaría coja por carecer de sentido pleno. Si “*Los santos inocentes* debe leerse

como una crónica de estos malos usos, como un documento sobre la España feudal que todavía existía en pleno siglo XX” (Buckley, 2012, p. 238), *Las ratas* debe hacerse como una denuncia al abandono del campo (Alonso de los Ríos, 2010).

2. OBJETIVOS

El objetivo principal de este artículo es demostrar que *Delibes* se sirve de dos personajes marginados y con cierto retraso mental (Salinas Moraga, 2016) para restablecer la justicia social perdida tras un acto despótico previo. Para ello, se analizan todos los pormenores previos al crimen así como el acto delictivo y las consecuencias directas que este trae consigo.

El posicionamiento claro de *Delibes* con el lado débil de la sociedad es el punto de partida de una suposición que se trata de corroborar en este artículo: Que *Delibes* se posiciona de manera unívoca junto a los perdedores y que les da la oportunidad literaria de salir adelante, sobreponerse a los golpes de la vida e, incluso, ganar la batalla sobre aquellos que les hacen la vida todavía más complicada de como ya era al nacer.

3. METODOLOGÍA

Para lograr los objetivos propuestos en el apartado anterior, se lleva a cabo un análisis del discurso en las dos novelas objeto de estudio y, en concreto, en los dos personajes que terminan por cometer el asesinato: El Azarías y el Ratero.

“El análisis de contenido, en su vertiente cualitativa, que es la que intentamos explicar aquí, parte de una serie de presupuestos, según los cuales, un texto cualquiera equivale un soporte en el que, y dentro del cual, existe una serie de datos (Ruiz Olabuenaga, 2003, p. 196)”.

Estos datos se traducen en las amenazas previas, en la instigación continua para cometer el crimen (ya sea de palabra o de manera tácita), en el momento del asesinato y en las consecuencias que este trae consigo en el ámbito novelesco. Así, con el objetivo de extraer las primeras intuiciones (Bardin, 2002), se leyeron ambos textos y se anotaron todas

aquellas circunstancias que se antojaban relevantes para el estudio para corroborar, o no, los interrogantes vagamente formulados (Taylor y Bogdan, 2000). Después, y tras una segunda lectura de las dos novelas, se anotaron los datos que definitivamente se consideraban más relevantes para llevar a cabo un estudio pormenorizado de ambos crímenes y de cuantos hechos acaecen a su alrededor. De esta forma se consigue poner negro sobre blanco las razones que llevan a dos personajes marginados a cometer dos asesinatos que, lejos de poder calificarse como injustos, no son más que las acciones necesarias para recobrar una justicia perdida de manera injusta... No son más que dos actos de justicia retributiva (Buckley, 2012).

4. RESULTADOS

Aunque los asesinatos se presentan como una causa de muerte de relativa frecuencia sin más motivo que la miserable condición humana, en alguna ocasión, Delibes justifica el crimen como una consecuencia directa de una injusticia previa evidente. Así, el delito se presenta como un acto de Justicia social que salvaguarda un bien común a costa de una vida. Es exactamente esto lo que sucede en el asesinato de Luis, el de Torrecillóriga, a manos del Ratero (*Las ratas*) y en el del señorito Iván a manos del Azarías (*Los santos inocentes*). En ambos casos nuestro autor se sirve de dos varones con cierto retraso mental para poner énfasis en el carácter de justicia retributiva que los hombres primitivos usaban para defender a los suyos. Si los dos asesinos son hombres con la capacidad de raciocinio cuando menos mermada, los asesinados son dos jóvenes déspotas y superficiales que menosprecian la dignidad de las vidas ajenas.

4.1. CRÍMENES QUE HACEN JUSTICIA

En *Las ratas*, las alusiones previas a la muerte de Luis, habitante de Torrecillóriga, se enmarcan en una instigación continua de los vecinos del pueblo para que el Ratero acabe con él, hecho que finalmente sucede por la insistencia de aquel de cazar ratas en el cauce del río que el Ratero consideraba suyo:

“A veces, mientras fumaban indolentemente en el establo o el poyo del taller del Antoliano, la conversación recaía en el ratero de Torrecilló-rigo y el Antoliano decía: Sacúdele, Ratero. ¿Para qué quieres las manos? Entonces el tío Ratero se estremecía levemente y farfullaba: Deja que le ponga la vista encima. Y decía el Rosalino: Al hijo de mi madre le podían venir con ésas. Y si la tertulia era en la taberna, el Malvino se llegaba al tío Ratero y le decía:

–Ratero, si un pobre se mete en casa de un rico, ya se sabe, es un ladrón, ¿no? (Delibes, 2008, p. 736)”.

Los vecinos, uno tras otro, recuerdan al Ratero la injusticia que Luis está cometiendo con él y le animan a poner las cosas en su sitio; a restablecer el orden perdido; a recordar de quién son las ratas. Y todo ello a un personaje de pocas palabras y escaso intelecto. Pasar a los hechos es solo cuestión de tiempo, más aún cuando las conversaciones entorno a la caza de ratas son constantes en la taberna del pueblo:

“–No hay ratas ya. Ése me las roba.

El Malvino se adelantó hasta él y dijo encolerizado:

–Y aún da gracias, porque a la vuelta de un año no te queda una para contarle.

Los antebrazos del tío ratero se erizaron en músculos cuando engarfió los dedos y dijo con una voz súbitamente enronquecida:

–Si lo cojo, lo mato (Delibes, 2008, p. 737)”.

Las instigaciones hacen mella en el Ratero, que pasa de permanecer en su silencio característico a amenazar, si quiera al aire. Una amenaza tan real que terminará por llevarse a cabo.

“Y el Antoliano le decía: “Dos manos tienes Ratero, nadie necesita más”. Y el Rosalino inclinaba la cabeza en dirección a Torrecilló-rigo y añadía: “Lo que es a mí me podía venir con ésas”. El Malvino, en la taberna, le apremiaba: El río es tuyo, Ratero. Antes de que él echara los dientes ya andabas tú en el oficio (Delibes, 2008, p. 758)”.

En varios pasajes previos al asesinato el desenlace se deja entrever aún más claro si cabe. Así, cuando las autoridades ofrecen al Ratero un cambio: él abandona la cueva en la que vive y ellos se encargan de que Luis, el de Torrecilló-rigo, deje de quitarle las ratas del río. Pero la reacción

no puede ser más contundente: “El rostro del Ratero se transformó en un instante. Las aletillas de la nariz se dilataron y sus labios se apretaron hasta quedar exangües: –Ya lo haré yo– dijo” (Delibes, 2008, p. 758). El desenlace inevitable acaece al final de la novela, cuando el tío Ratero sorprende al Nini hablando con Luis en el cauce del río:

“De pronto, el muchacho levantó los ojos y su risa se fue contrayendo en la boca hasta convertirse una mueca de estupor. El Nini oyó los pasos apresurados y alzó los ojos y vio al tío Ratero, aplastando en largas zancadas las cañas desmayadas del trugal. Llevaba la pincha en alto y gritaba algo inarticulado que no llegaban a ser palabras (Delibes, 2008, p. 771)”.

Tras la disputa verbal en la que el ratero solo acierta a decir “las ratas son mías, las ratas son mías” (Delibes, 2008, p. 771), ambos comienzan a golpearse hasta que el Ratero, “aprovechando el pasajero desmayo del otro, descargó un golpe contundente de abajo arriba y el hierro se hundió en el costado de su adversario hasta la empuñadura” (Delibes, 2008, p. 773). Una vez muerto, el Ratero mata al perro de Luis de tres puñaladas en el corazón para inmediatamente después lanzarlo sobre el cadáver del muchacho.

Si el Ratero acaba con la vida del vecino decidió digo es porque éste le quitaba lo que era suyo porque, y este punto relevante, no se puede olvidar que el protagonista de *Las ratas* sufre cierto retraso mental⁸⁸ que le lleva a pensar que tanto el cauce del río al que va a cazar las ratas con las que se alimenta como los propios animales que allí se encuentran eran de su propiedad. Este sentido tan arraigado de la propiedad afecta a todo cuanto rodea al Ratero. Así, a lo largo de la obra se repiten continuamente las expresiones “la cueva es mía” (Delibes, 2008, p. 696), “las ratas son mías” (Delibes, 2008, p. 739) e incluso “el Nini es mío” (Delibes, 2008, p. 739). De esta forma, el Ratero se cree el dueño legítimo de las ratas, del río y del Nini. Creyendo esto de manera inequívoca, ¿no se comprende desde el punto de vista humano que dé muerte

⁸⁸ Aunque en la novela no se diagnostique una enfermedad concreta o un retraso en las capacidades mentales del personaje protagonista, la deficiencia merodea la narración de principio a fin. Incluso los vecinos del pueblo llegan a proponer que hagan unas pruebas para saber si “está chaveta” o si es “un retrasado” (Delibes, 2008, p. 741).

a quien pretende quitarle su único sustento alimenticio? esta justificación del crimen por una causa previa injusta queda recalcada en las últimas líneas de la novela, después incluso de que el Ratero haya matado a Luis. Basta la transcripción del fragmento para comprender que el protagonista justifica su crimen por un bien previo que pretendían robarle:

“Al regresar el tío ratero junto al Nini, media docena de buitres aparecieron de improviso volando muy alto sobre el Pezón de Torrecillóorigo. El niño miró al ratero, que jadeaba aún, y el ratero dijo a modo de explicación:

–Las ratas son mías (Delibes, 2008, p. 773)”.

Esta profunda conciencia de la propiedad privada y la posibilidad de perderla excusa el asesinato. Inmediatamente después se deja una puerta abierta a futuros crímenes que se motivarían de la misma manera. Si el Ratero mata al vecino que pretende quitarle las ratas que habitan en su cauce del río, ¿qué impide pensar que no va a matar a aquellas personas que pretenden quitarle la cueva en la que vive?:

“El niño señaló con el dedo al muchacho de Torrecillóorigo y dijo:

–Está muerto. Habrá que dejar la cueva. El Ratero sonrió socarronamente:

–La cueva es mía– dijo.

El niño se levantó y se sacudió las posaderas. Los perros caminaban cansinamente tras él y al doblar la esquina del majuelo volaron ruidosamente dos codornices. El Nini se detuvo:

–No lo entenderán– dijo.

–¿Quién?– dijo el ratero.

–Ellos– murmuró el niño (Delibes, 2008, pp. 773-774)”.

Algo muy similar suceden *Los santos inocentes*. En este caso, el Azarías mata a Iván, un señorito déspota que le menosprecia a él, pero sobre todo a su familia. Así, el asesinato del señorito Iván de manos del Azarías, un hombre con retraso mental, dota a la historia de cierta justicia social. Se trata, en definitiva, de “un asesinato que no puede entenderse

como acto de justicia revolucionaria, sino más bien de justicia retributiva -‘el ojo por ojo, diente por diente’- que el primitivo Azarías utiliza para defender a los suyos, es decir, a los animales que constituyen su verdadera familia” (Buckley, 2012, p. 252).

Al igual que sucede en *Las ratas*, al final de la novela se justifica el crimen y los motivos que han llevado a su autor a cometerlo⁸⁹:

[...] y su cuerpo péndulo un rato en el vacío hasta que, al cabo, quedó inmóvil, la barbilla en lo alto del pecho, los ojos desorbitados, los brazos desmayados a lo largo del cuerpo, mientras el Azarías, arriba, mascaba salivilla y reía bobamente al cielo, a la nada, milana bonita, milana bonita, repetía mecánicamente, y, en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba (Delibes, 2009, pp. 92-93).

Si en *Las ratas* se disculpa el asesinato por las advertencias que le Ratero repite una y otra vez (la cueva es mía, las ratas son mías), en *Los santos inocentes* se excusa por las continuas muestras de cariño que el Azarías muestra hacia el pájaro que ha criado y al que tanto quiere (milana bonita, milana bonita). Al final, como no podía ser de otra manera, quien osa cruzar la frontera para entrar en terreno prohibido termina asesinado. Y no será por falta de advertencias. Precisamente es esa reiteración, en ambas novelas, lo que justifica el asesinato... la amenaza para todo aquel que se atreve a tocar lo que es de otro sin su consentimiento se materializa en un crimen que hace justicia, al menos justicia retributiva.

Aunque quedan al margen de este estudio, no se puede omitir la referencia a *Las guerras de nuestros antepasados* y a *Mi idolatrado hijo Sisí*. En el primer caso hay dos personajes que terminan muertos a balazos después de haber cometido varios delitos de sangre. En concreto, el Buque mata a su mujer embarazada y después hace lo propio con el Vegas y con un centinela para poder escapar del hospital. Por su parte,

⁸⁹ Conviene recordar que el señorito Iván, poco antes, había matado de un disparo y de manera absolutamente deliberada y gratuita a la milana que tanto quería el Azarías (Delibes, 2009, p. 89).

el Capullo mata a Miguel, el Caminero. Posteriormente, asesinan a los dos juntos.

Distinto es el caso de la muerte de Cecilio Rubes, típico burgués urbana petulante de vida farisaica y nada más que una apariencia sin fondo cuyo único objetivo es la búsqueda constante de placer. Tal es su egoísmo que el motivo que justifica no tener más que un hijo no es más que salvaguardar su comodidad (Alonso de los Ríos, 2010). Una vida tan miserable merece el mismo desenlace que el de Luis, el de Torrebillórigo, o el del señorito Iván... o peor aún. Y peor porque Delibes omite el asesinato y le lleva a tirarse por la ventana de su casa. Y es que, tal y como afirmó el autor:

“Cecilio Rubes había de quedar física y moralmente aniquilado por su propio egoísmo. Al concluir la novela, me sentí satisfecho. Y no hablo ahora de literatura. Se me hacía que el problema quedaba resuelto de acuerdo a las estrictas normas de la moral católica (García Domínguez, 2010, p. 298)”.

Porque que el ratero mate al vecino del pueblo, que el Azarías ahorque al señorito Iván, que dos criminales terminen su vida a balazos o que un ser tan egoísta como Cecilio decida precipitarse desde la balastrada no es más que finales de vidas miserables que se acercan más a la justicia social que a la tragedia.

4.2. PARALELISMOS

Son sorprendentes los paralelismos que se dan en los crímenes que se describen en *Las ratas* y en *Los santos inocentes* y que ponen el punto final a cada una de las novelas. En concreto, si en *Las ratas* Luis es un joven cazador ocioso, en *Los santos inocentes* el señorito Iván es un cazador déspota y un tanto pueril. Si en el primer caso la caza de ratas se debe a un divertimento para matar el tiempo libre, en el segundo la muerte de la milana viene provocada por un enfado propio de un adolescente que no ha conseguido lo que quería. Las ratas, por su parte, son algo más que unos roedores que se pueden comer con vinagre; son el sustento alimenticio tanto del Ratero como del pequeño Nini. La grajilla, por su parte, no es solo un pájaro que sirve de animal de compañía a un hombre, sino el asidero al que se agarra una persona solitaria y que

ha hecho del ave un miembro más de una familia desdichada y explotada por el señor, que no es otro que Iván. Por último, hay un mantra que se repite en ambos casos: Si en *Las ratas* el Ratero reitera una y otra que las ratas son suyas, en el caso de *Los santos inocentes* lo que se repite hasta la extenuación es que la milana es del Ratero.

5. CONCLUSIONES

Si una de las constantes literarias en la obra novelística de Miguel Delibes es la muerte, otra es el prójimo, entendido este como el eslabón más débil de la sociedad. Cuando la vida no permite a los olvidados salir a delante y la justicia les arrincona, Delibes se vale de los crímenes para echarles una mano, siquiera en la ficción literaria. Así sucede con aquellos asesinatos en los que los protagonistas de sus novelas quitan la vida de aquellos seres indeseables y egoístas que miran con desdén desde lo alto del escalafón.

Así, cuando el prójimo más débil y la muerte se cruzan en el texto delibesiano sale a la luz una justicia natural de la que Delibes se sirve para dar un espaldarazo a la cruel realidad de sus personajes. En concreto, los excluidos se personifican en la figura del Ratero y del Azarías, y la muerte no es más que el final más justo para dos hombres déspotas: el Señorito Iván y Luis, el de Torrecillóriga. El primero termina ahorcado de una encina después de matar de un disparo a la milana del Azarías. El segundo, por su parte, acaba sus días muerto a orillas del mismo río en el que cogía ratas por mero divertimento. El fatal destino de los dos, de Luis y de Iván, no es más que la consecuencia lógica de dos actos previos injustos evidentes. Si la ley castiga dichos crímenes, no lo hay la justicia social, más dada a posicionarse del lado de la razón que del Derecho. Porque, si bien es cierto que los asesinatos del señorito Iván o de Luis son crímenes, no lo es menos que son crímenes necesarios, pues su desaparición benéfica al conjunto de la sociedad.

6. REFERENCIAS

Alonso de los Ríos, C. (2010). Soy un hombre de fidelidades. Conversaciones con Miguel Delibes. La esfera de los libros.

- Bardin, L. (2002). *Análisis de contenido*. Akal universitaria.
- Buckley, R. (2012). *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo*. Imago Mundi.
- Delibes, M. (2008). *Obras completas II. El novelista II*. Destino.
- Delibes, M. (2009). *Obras completas IV. El novelista IV*. Destino.
- Delibes, M. (2010). *Obras completas VI. El periodista. El ensayista*. Destino.
- García Domínguez, R. (2010). *Miguel Delibes de cerca*. Imago Mundi.
- Ruiz Olabuenaga, J. I. (2003). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto.
- Salinas Moraga, I. (2016). *La presencia de la muerte y sus tipologías en la novela de Miguel Delibes* [Tesis doctoral, Universidad CEU-Cardenal Herrera].
- Sobejano, G. (2003). El lugar de Miguel Delibes en la narrativa de su tiempo. *Revista Siglo XXI. Literatura y cultura españolas*, 1, 174-187. Universidad de Valladolid.
- Soler Serrano, J. (1981). *A fondo de la A a la Z*. Plaza y Janés.
- Taylor S. J. y Bogdan R. (2000). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.